

35 Fuera de que á quien busca la verdad, lo que importa es elegir aquel camino que le conduce al termino; no aquel que le aparta de él, aunque mas hermoso á la vista. No hay duda que hace figura mas ostentosa un Medico presidiendo un Añto en la Aula, que asistiendo en el Hospital á la diseccion anatómica de un cadáver; pero en el Hospital averiguará la disposicion de las partes internas del cuerpo humano, á lo que jamás arribará, disputando toda su vida en la Aula. El oro soñado le hallan los errores de la imaginacion en los ocios del lecho: el verdadero se encuentra á fuerza de brazos, cavando en la mina. No de otro modo solo una apariencia ó sombra de la verdad, que llamamos verisimilitud, puede lograrse á esfuerzos de nuestra imaginacion en los retiros del Gavineto; mas la verdad misma solo se hallará penetrando en los objetos sensibles los hondos senos de la naturaleza.

§. IX.

36 **O**Tra acusacion, no mas razonable que la pasada contra las observaciones experimentales, es la que oí algunas veces á ciertos Escolásticos superficiales; conviene saber, que estas no piden discurso, si solo vista, aplicacion, y memoria: de aqui resulta, que las condenen como inútiles para exercitar el genio. Qué poco saben estos, quáles son, y cómo se hacen los experimentos físicos, en que se exercitan tantos sabios y sublimes espíritus de Francia, Italia, Inglaterra, y Alemania: cuántas vueltas y revueltas se da á todo experimento, á fin de precaver qualquiera apariencia engañosa: qué modos tan sutiles se discurren para exâminar, colocando en diferentísimas circunstancias el objeto, si el fenómeno nace de aquella causa que primero se presenta á los ojos, ú de otra accidental y escondida: qué combinaciones tan exactas, tan precisas, tan cabales se hacen de unos experimentos con otros, pesando el discurso en delicadísima balanza, asi las analogías, como las discrepancias, para sacar con certeza casi matemática las consecuencias: con qué sagacidad se bus-

can

can á la naturaleza los mas imperceptibles resquicios, para penetrar por ellos sus mas retirados secretos. Ciertamente, yo hallo mas delicadeza de ingenio y mas perspicacia en muchos de los experimentos del famoso Boyle, que en todas las abstracciones y reduplicaciones que he oido á los mas ingeniosos Metafisicos.

§. X.

37 **Y** Es sin duda preciso hacer las observaciones experimentales con tan exquisita diligencia para que no nos engañen, como engañaban á nuestros mayores, y aun hoy engañan á muchos que fiandose á una experiencia superficial y grosera, precipitan las consecuencias sobre el primer informe de los sentidos. Del ascenso del agua en la Bomba, tomado á bulto, se infirió la repugnancia del vacío. ¡O á cuántas fatigas se sujetaron, cuántos experimentos diferentes hicieron, y cuán ingeniosamente los combinaron Torrizeli, Pascal, y otros nobles Ingenios, para desengañar el mundo, y darle á conocer la verdadera causa de aquel ascenso! sobre que se puede ver nuestro Discurso del *Peso del Ayre*.

38 Del movimiento de la llama ácia arriba se infirió la quimérica Region del Fuego inmediata al Cielo de la Luna. En las *Paradoxas Físicas*, numero 28, referimos el sutil experimento con que Bacón probó que la llama sube, no por inclinacion suya, sino muy contra ella, obligada de la presion del ayre.

39 Hallandome en una conversacion con ciertos Filósofos de la Escuela, y ofreciendose hablar de algunas materias Físicas, propuso uno la novedad de que la agua fria (lo mismo se debè entender de otro qualquiera licor frio) era mas sutil y penetrante que la caliente; la qual le pareció probar concluyentemente con la experiencia de que quando bebia frio de nieve en el Estío, luego que echaba agua en el vidrio, le veía mojar por la parte exterior, lo qual no podía atribuir sino á que la agua se rezumaba por los poros del vidrio; y como esto no suceda-

es-

estando el agua tibia ó templada, inferia que esta no es tan ténue y sutil como la fría. A fe que les hizo á los demás circunstantes no poca fuerza la prueba experimental que alegaba, y á mí me costó no poco trabajo desengañarlos á todos, aunque al fin lo logré, haciéndoles notorio con varios experimentos clarísimos que aquella humedad que baña el vidrio por defuera no es resudor del licor contenido dentro, sino coagulación de los vapores errantes en el ambiente vecino, los quales estando algo calientes, se quaxan de nuevo en agua siempre que encuentran algun cuerpo frío, y tanto mas, quanto menos poroso fuere este. Por esta razon los vapores que eleva el fuego, se quaxan luego que llegan á la cabeza del Alambique. Por la misma, si respiramos ácia una rexa de hierro ú otro qualquiera cuerpo metálico, que esté frío, se quaxa en él el vapor que exhalamos por la boca. Por la misma, en las noches de helada, se ven las vidrieras mojadas por la parte de adentro quedando enjutas por defuera, lo que he visto sorprendia á algunos, que pensaban que aquella humedad venia del ayre externo. Por la misma, nuestro vaho y el de otros animales se hace visible en tiempo frío, porque el ambiente le condensa lo bastante para que se haga perceptible á la vista. Pero lo mas decisivo en el caso de nuestra disputa, y que propuse como tal, es que cubriendo por la superficie exterior el vidrio con un papel, no se humedece por defuera poco ni mucho; y es claro, que el papel aplicado asi, no puede impedir que el licor se rezume, si solo que el vapor extraño se acerque.

40 Y no dexaré de notar aquí, porque concierne á la misma materia de la impenetrabilidad del vidrio respecto de los licores, otro error comunísimo, originado de consultar con poca reflexion la experiencia. Ordinariamente se cree que el zumo de la cascara del limon penetra el vidrio, fundandose esta persuasion en que exprimiendo el luquete sobre su superficie externa, se percibe despues por el paladar en el licor contenido. Yo, juzgando imposible esta penetracion y meditando sobre la materia, facilmen-

te

te descubri la causa del error. Es el caso, que al exprimir el luquete, algunas partículas del zumo llegan al borde del vaso, ó muy cerca de él, en aquella parte donde despues se aplica el labio para beber: asi el paladar percibe el gusto del zumo que chupa en el borde del vaso, y la razon engañada juzga que está en el mismo licor. Para asegurarme de esto, habiendo disparado el zumo del luquete contra el vidrio en la forma ordinaria, volví la copa; y bebiendo por el lado opuesto, no percibí el mas leve vestigio de sabor de limon. A qualquiera que haga el mismo experimento, sucederá lo mismo.

§. XI.

41 **N**O bastan, pues, los sentidos solos para el buen uso de los experimentos: es menester advertencia, reflexion, juicio, y discurso; y á veces tanto, que apenas bastan todos los esfuerzos del ingenio humano para examinar cabalmente los fenómenos. El Caballero Newton, Ingenio de primer orden de la Sociedad Régia de Londres, publicó á los principios de este siglo en varios tratados de Optica una gran novedad para los Filósofos, y Matemáticos: esto es, que todos los colores existen actual y formalmente en los rayos de la luz, los quales por tanto constituyó eterogéneos, y de desigual refrangibilidad. Probó esta singular opinion con muchos experimentos de exquisita invencion, reflexionados con no menos exquisita delicadeza, y de hecho hizo no pocos Sectarios, especialmente entre los Matemáticos Ingleses. Mr. Gauger, uno de estos, esforzó con mayor copia de experimentos la opinion Newtoniana. Escribió luego contra este el señor Rizetti, Italiano, no solo alegando á favor de la opinion comun otros muchos experimentos, mas aun pretendiendo que los mismos que proponia Gauger, probaban contra la senténcia de Newton. Volvió á la palestra Gauger, y pagó á Rizetti en la misma moneda: esto es, no solo salvó la consekuensiencia que sacaba de los experimentos propios, mas retorció contra el Autor Italiano los suyos.

ynos. Tan cierto es, que la experiencia abre en muchos objetos un dilatadísimo, y fertilísimo campo al ingenio del hombre; y que la naturaleza, aun á quien la busca por este camino, es en varios casos inaccesible.

42 Pero se debe confesar, que por lo comun no son las dificultades tan invencibles que no puedan superarlas el discurso y la aplicacion; y que los engaños que tal vez resultan de los experimentos, nacen de faltar, ó la diligencia debida ó el ingenio necesario.

43 En las observaciones Medicas sucede esto frecuentísimamente: de aqui viene la enorme discrepancia de las opiniones, que se fundan en ellas. Este funda en la experiencia la utilidad de tal remedio para tal enfermedad; y otro funda en la experiencia que el mismo remedio en las mismas circunstancias es nocivo. Uno de los dos se engaña, y no pocas veces se engañan ambos; porque ni es nocivo ni util, sino indiferente. ¿De qué depende esto? De que aquel vio que un enfermo, habiendosele aplicado, mejoró; y este vio que otro, habiendosele aplicado, empeoró; siendo muy posible, que ni uno mejorase ni otro empeorase por el remedio, sino por otra causa distintísima, ó porque las enfermedades de los dos en virtud de la diferente disposicion interna, oculta por la mayor parte á los Medicos, estaban puestas en contrarios movimientos, la una ácia la diminucion, la otra ácia el aumento.

44 Ni arriban jamás al desengaño, aunque sean muchos los enfermos, en quienes hacen experiencia: porque suponiendo que ni todos mueren, ni todos viven, cada uno segun su preocupacion imputa al remedio ó la felicidad de los que mejoran ó la desdicha de los que perecen; sin que ni uno, ni otro piensen siquiera en hacer un cómputo prudencial de los buenos y malos sucesos que ocurren en los que usan de aquel remedio, cotejandolos con los de aquellos que no usan de él.

45 **E**sta inatencion es sin duda la que produjo y la que conserva en el mundo la estimacion que

este da á infinitas cosas inútiles con el noble nombre de Remedios: esta la que ha llenado los libros de Medicina, y las Boticas de innumerable broza, que leída, solo sirve de fatigar la memoria, y tomada, de desbaratar el cuerpo. Para las enfermedades leves y que por sí mismas se curan, hay muchísimos remedios, aunque no todos aprueban unos mismos. ¿En qué consiste esto? En que cada uno mejoró, tomando tal ó tal cosa. ¿Pero tú, enfermo imprudente, no advertirás, que otros muchísimos que no usan de ese remedio ni aun de otro alguno, mejoran como tú, y tan prontamente como tú?

46 Llega la epidemia de un catarro benigno, como lo es ordinariamente, por una Ciudad. Unos llaman al Medico, y se medican; otros no: y es tal la ceguera de los que se medican, que creen deber al Medico el recobro de su salud, aunque ven que la recuperaron como él todos los que no se medicaron.

47 La señorita delicada, que á qualquiera leve dolor de cabeza llama al Medico, queda, aunque el dolor dure veinte ó treinta dias, en la persuasion de que las pildoras capitales de que usó, se le quitaron; y no repara la pobre, que esta y la otra vecina, amigas suyas, que padecen tambien á tiempos sus dolores de cabeza, sin tomar pildora alguna mejoran, y muchas veces con mas prontitud que ella con todas sus pildoras.

48 Ordinariamente los que padecen dolores de muelas (lo mismo digo de otros dolores que por sí mismos se vienen y se van) califican tal ó tal remedio, con el qual dicen les va bien; pero se debe entender que cada uno alaba el suyo, y reprueba como inútiles aquellos de que usan otros. ¿De qué depende esto? Dirá alguno, que como son diferentes los temperamentos, puede, aun dentro de la misma especie de enfermedad, aprovechar á este individuo el remedio que para aquel es inútil. Evasion ordinaria, pero insuficiente, y que da por el pie á toda la Medicina; pues si ello fuese así, como todos los individuos tienen distinto temperamento no menos que distin-

ta cara, sería menester estudiar distinta Medicina para cada individuo, y á todas sus enfermedades aplicarles unos remedios particularísimos, distintos de todos aquellos que en las enfermedades de la misma especie se aplican á qualquiera otro individuo.

49 La causa, pues, de aquella oposicion de dictámenes es la que ahora expondré. La primera vez que uno padece dolor de muelas es lo ordinario usar de muchos remedios; porque, aun dexando aparte los que ordena el Medico, entre los acuchillados del mismo mal uno le recomienda uno, otro otro; y como el dolor es agudo, el pobre paciente, ansioso del alivio, sucesivamente se va aplicando todos aquellos remedios. Llega el caso de quitarse el dolor, sea al termino de ocho, diez, ó quince días; y como no hay día alguno en que el paciente no use de alguna receta, dichosa aquella que usó la ultima. A aquella atribuye su alivio, y reprueba las demás como inútiles. Otro enfermo lleva los remedios por distinto orden; porque esto depende de la casual ocurrencia de los consultores, y de la fuerza que cada uno tiene para persuadir: con que viene á suceder que este usa en ultimo lugar del remedio que aquel tocó entre los primeros, y usa entre los primeros el que aquel tocó el ultimo. De aquí resulta, que califica el remedio que aquel reprueba, y reprueba el que aquel califica. Toda la dicha del remedio, sea el que se fuere, está en su casual aplicacion en aquel tiempo en que está ya para terminar el dolor, porque de aquí depende que se le atribuya el alivio. Y no obsta que despues en otra ocasion, usando del mismo remedio á los primeros ataques del dolor, no experimente alguna mejoría. Ya preocupado del dictamen que formó la primera vez, aunque la convalecencia se retarde muchos días, siempre piensa deberse la á su querida receta; y juzga que sin ella, ó sería el dolor mas dilatado ó mas intenso. Tampoco obsta el ver que otros que no usan de aquel remedio, ú de ninguno usan, no por eso padecen mas vivos ni mas prolixos los dolores; porque eso aunque lo vea, no lo mira; y si lo mira, no lo pesa.

§. XIII.

30 EN fin, no sé qué ilusion, feliz para los Boticarios, y fatal para los dolientes, les persuade á muchos de estos que sus males serian eternos ó incurables sin el auxilio de la Medicina, aunque vean á cada paso sanar otros de las mismas dolencias sin ese socorro. Aunque el mal sea de aquellos leves de que todos convalecen dexados solo al beneficio de la naturaleza, en llegando la convalecencia se agradece al Medico la cura, el qual acaso no hizo otra cosa que retardarla. Protesto haber observado en varias epidemias catarrales, que tanto tiempo duraba el catarro á los que se medicaban como á los que no. La diferencia solo estaba, en que estos luego que les cesaba el catarro se hallaban perfectamente restablecidos en su natural robustéz; pero aquellos, si habian usado de remedios mayores, tardaban mas en recobrarla.

51 Coincide en lo mismo otra experiencia engañosa con que algunos defienden los remedios mayores mas comunes contra los que los impugnan. Los rigidos Helmoncianos detestan como perjudiciales en todos casos la purga y la sangria. Opóneseles la ordinarisima experiencia de los infinitos que se purgan y sangran, sin que por eso dexen de recobrar la salud. Hay semana en que un Medico sangra á cincuenta hombres y purga otros tantos, sin que ninguno de ellos perezca. ¿Cómo á vista de esto puede decirse, que la purga y la sangria sean tan nocivas?

52 No defiendo á los Helmoncianos, ni tengo su opinion por mas probable que la opuesta; pero digo, que de aquella experiencia nada se puede concluir contra ellos. Debe suponerse, que los que declaman contra la purga y la sangria, no las juzgan tan perniciosas que degüellen á quantos se administran. Aun debaxo de la suposicion de ser muy nocivas, no solo no matarán á quien se halla en entera salud, mas ni aun á quien padece poco mal. Yo creo, que bien que su intempestiva aplicacion mata á

muchos; pero solo á aquellos que gimen debaxo de una gravísima dolencia, porque como entonces está la naturaleza muy débil y lidiando con una enfermedad fuerte, añadiendosele otro enemigo en el imaginado remedio, acaba de dar con ella en tierra. Pero los que padecen una dolencia benigna (y muchas lo son, aunque en la apariencia graves) conservan bastante residuo de fuerzas para resistir la enfermedad, y demás á mas algunas purgas y sangrias; de modo, que estas harán al enfermo algun daño, debilitaránle mas las fuerzas y atrasarán la cura, pero no llegarán á quitarle la vida.

53 Siendo, pues, cierto, que es con enorme exceso mayor el numero de las enfermedades benignas que el de las peligrosas, ¿qué mucho que los mas enfermos convalezcan, por mas que los purguen y sangren? De cien personas que visita en una semana un Medico, apenas hay uno ú dos enfermos de peligro. Para un flemon, para un catarro, para un dolor de cabeza, para una ephémara, para una fluxion á los ojos, para una replecioncilla de estómago, y otras indisposiciones semejantes se llama al Medico; y este, si es de los vulgares, no dexa de sangrar ó purgar. ¿Por eso han de morir, por malas que sean la purga y la sangria? Por qué? si en esa situacion no murieran aun de una puñalada que no fuese muy profunda, ni tocase en parte príncipe.

54 No estoy, como he dicho, de parte de los Helmoncianos; pero tampoco á favor de los Galénicos. Lo que tengo por constante es, que la purga y la sangria, por su intempestiva aplicacion, degüellan no pocos hombres por la razon ya expresada, de hallar sus fuerzas muy decadentes. Persuádome á que son convenientes en algunos casos. Si son precisas; esto es, si pueden ó no substituirse por otros remedios, es lo que yo no me atreveré á decir, porque tengo presente y me hace fuerza una muy sería protesta del famoso Medico Lucas Tozzi. Este, exponiendo el Aforismo 3 del Libro 1 de Hipócrates, *Habitus Athletarum, &c.* despues de impugnar con razones, al parecer muy eficaces, el uso de la sangria, probando

que

que en ninguna enfermedad es conveniente, se propone por objecion la experiencia de su utilidad que alegan los Galénicos. ¿Y qué responde? Que su experiencia está en contrario. Si apelan (dice) á la experiencia, que les muestra que muchos han sido curados con la sangria, yo testifico por lo contrario, que en el Hospital de la Anunciada de Napoles, donde exercí la Medicina muchos años, he curado prontamente, sin sacarles una gota de sangre, á centenares y millares de enfermos de frenesies, costados, esquinencias, encendimientos de higado, espútos sanguíneos, erisipélas, y fiebres de todos generos.

55 ¿Qué hemos de decir á esto? Lucas Tozzi fue, no solo un gran teórico, mas tambien expertísimo, felicísimo, y acreditadísimo práctico, y como tal solicitado con ansia para la asistencia de los mas altos personages. Vease lo que de él decimos Tomo II, Discurso X, en una Nota al fin del Discurso. Si él curaba sin sangria aquellas enfermedades, que segun la opinion comun, mas necesitan de ese auxilio, y las curaba brevemente, ¿quáles serán las que no puedan curarse sin sacar sangre?

56 Y es muy de notar, que del mismo modo que hoy comprueban los Galénicos con la experiencia la necesidad de la sangria en muchas enfermedades, comprobaban antes la eleccion de vena respectiva á varias partes del cuerpo, como la Hepática, y Cefálica. Sin embargo la Anatomía hace mas claro que la luz meridiana, que esa eleccion no estriva en fundamento alguno, y que no tiene mas relacion ó conexiön la Cefálica con la cabeza, que la Hepática; ni la Hepática con el higado, que la Cefálica; y que todas las venas de un mismo brazo son indiferentes para todas las partes del cuerpo, por la razon Anatómica que hemos expuesto en otra parte. Como aquella experiencia fue engañosa, puede serlo tambien la que se alega en general á favor de las sangrias.

57 Lo que veo es, que la regla decantada antes por los Galénicos, como generalísima de sangrar en los costados, padece tantas excepciones, que ya no se debe mi-

Tom. V. del Teatro.

S 3

rar

rar como regla general. Ya en otra parte notamos que en algunas epidemias de costado se experimentó manifiestamente nociva. Y ahora poco ha un docto Medico Francés (de quien, y de cuyo escrito dan noticia las *Memorias de Trevoux*) escribió fuertemente contra la sangría en los costados, y peripneumonías de Invierno: é hicieron gran fuerza sus razones á algunos Medicos de París. Yo certifico, que el Invierno pasado del año de 31, en que hubo muchos costados en este pays, de varias partes de él vinieron noticias que morian los que se sangraban, y se salvaban los que no.

Entiendase todo lo dicho en orden á la utilidad ó inutilidad de purga y sangría, consideradas generalmente sin tomar partido, y solo propuesto como problemáticamente, á fin de persuadir que se consulte con exáctitud y sin preocupacion alguna la experiencia, que es uno de los designios de este Discurso.

Es notable flaqueza del juicio estimar alguna cosa como remedio para tal enfermedad, no advirtiendo una diferencia muy sensible y que incurra en los ojos de todos, entre los sucesos de los que usan de ella y de los que no. No han faltado, ni aun hoy faltan Medicos enemigos de la Quina. Con todo, nadie la disputa la qualidad de febrífugo en las intermitentes; porque la experiencia muestra que las ahuyenta, prescindiendo de si repiten despues, ú de si la Quina dexa alguna mala impresion en el cuerpo. Si la sangría ó la purga hicieran lo mismo en algun genero de fiebres, convendrian del mismo modo todos en atribuirles la virtud febrífuga, aunque algunos acaso prefiriesen otros remedios por mas seguros ó por mas benignos. Bien lexos de eso, sobre eso mismo son fuertes las contestaciones; porque la experiencia no ha manifestado que esos sean remedios, con algun cotejo ó cómputo que no sea sumamente dudoso y disputable.

§. XIV.

60 QUANTO lo permitiese la materia (porque no todas son capaces de una averiguacion matemática, ni decisiva) se debiera imitar la diligencia de muchos Medicos Ingleses en el exámen del remedio precatorio que usan los Turcos contra las viruelas, y que llaman, ya insercion, ya incision, ya inoculacion de las viruelas; materia de que se habló mucho estos años pasados, pero que en España se ignora por la mayor parte qué cosa sea. Esto se reduce á hacer dos ó tres cisu-ras muy pequeñas en el cutis de un hombre sano que quiere precaver el riesgo mortal de las viruelas, é introducir en ellas la materia purulenta de dos ó tres postillas de alguno que actualmente padece esta enfermedad. El suceso es, que esta se comunica por medio de dicha insercion, pero en un grado muy remiso, y acompañada de levisimos síntomas: de modo, que los mas no han menester hacer cama, y con esta prevencion se reducen de padecer mas la enfermedad de viruelas en toda la vida.

61 La noticia de este remedio se comunicó á Inglaterra, y á otras Naciones Européas por Maisland, Cirujano del señor Worthei Montaigiu, Embaxador del Rey Britanico en la Porta, el qual habiendo visto establecida su práctica en todas las Ciudades de Levante, donde reynan mas que acá y hacen mayores estragos las viruelas, y observado tener casi siempre felices sucesos, hizo sabidores de todo lo que habia notado á su Amo y Ama, los quales tuvieron bastante valor para hacer experiencia luego en un hijuelo suyo de seis años, y repetirla en otro despues de su vuelta á Inglaterra. Animaronse muchos, ya con los exemplos, ya con las noticias, y empezó á tomar vuelo este genero de cura precatoria en aquel Reyno. Mas no por esto faltaban quienes la contradixesen. Especialmente los Medicos de París se declararon fuertemente contra ella.